TERESA GUIRADO

La vida soñada de Emma

Una encrucijada vital: seguir renunciando a sí misma
o intentar vivir su vida con todas las consecuencias

Planeta

Teresa Guirado

La vida soñada de Emma

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Teresa Guirado, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2017
Depósito legal: B. 16.566-2017
ISBN: 978-84-08-17534-6
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Cayfosa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Emma es muy alta, flaca, demasiado pelirroja, y no encuentra motivos para salir de la cama y hacer exactamente lo mismo que hizo ayer.

El despertador no cesa de animarla, pero ella lo retrasa diez minutos cada vez. Tres retrasos es media hora. Cuando hace la cuenta, salta de la cama sabiendo que ya nada de lo que haga va a arreglar su apatía inicial.

Ha vuelto a pasar. Día sí y día también a Emma el tiempo se le escurre entre los dedos por las mañanas. Ahora tendrá que levantar a los niños a toda velocidad.

Diseña rápidamente en su mente la estrategia a seguir para ahorrarse carreras inútiles por casa y sacar más partido al poco tiempo disponible. Respira hondo para tranquilizarse y se prepara para comenzar la cuenta atrás.

Al vuelo recoge el pijama y la bata del baño y los deja en su dormitorio antes de correr a la cocina a calentarles la leche. No puede evitar, sin embargo, parar un segundo a alisar las sábanas y medio colocar encima la colcha estirada. Sabe que es un gesto superfluo cuando has de ser expeditiva, pero dejar la cama deshecha le produce una enorme sensación de fracaso. Por el camino recoge, traslada, coloca juguetes, papeles, cromos... Procura hacer ruido para que los bellos durmientes se vayan despertando.

Mientras el microondas realiza su trabajo, Emma sigue con su propia misión de alta precisión: sacar el paquete de madalenas del armario, tomar dos, quitarles el papel, tirarlo a la ba-

sura con una mano, coger servilletas, baberos y cucharas con la otra, dejar todo en la mesa. *Bip bip.* La leche está lista. Colocar los vasos tibios junto a las madalenas con una pajita. Para ella un café solo, de cápsula, sin azúcar. Desayuno preparado. Al ataque, a levantarlos.

Presta atención a los ruidos de la casa. Nada. Silencio. No se mueven. Nunca se mueven cuando tienes prisa. Luego los sábados y domingos a las siete de la mañana están frescos como una rosa.

Subir persiana, consolar, convencer, acariciar, besar. Animar a vestirse a Julia, de cuatro años. Ella sola ya. Un horror. Vestir a Marcos, de dos años y medio. Paciencia, paciencia.

Que si hacer pis, que si lavarse la cara y las manos. Todo les viene mal, todo son quejas. Tirar pañal a la basura, apartar sábanas meadas, hacer coletas, insistir en que coman rápido. Vueltas por la casa, con los chiquillos pegados a las faldas, luchando por terminar de arreglarse.

—Uf, no te pongas delante, por favor, ¡déjame pasar!

La adrenalina a tope, el estómago encogido. El autobús pasa a y media. Son las ocho y veinte. Las chaquetas, el bolso y las mochilas infantiles en las manos, las camas de los niños sin hacer, la cocina sin recoger. Para almorzar, un pequeño tetrabrik de zumo de piña a cada uno y... otra madalena, qué pena. «Mala madre.»

—Julia, llama al ascensor… ¡Corre, corre, corre!

Julia se despereza aún, se mueve demasiado despacio.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Marcos con interés mientras sube y salta los primeros peldaños de la escalera del rellano una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Julia ya no pregunta, ya se lo sabe.

—¿Que qué pasa?, ¡¿que qué pasa?! —chilla con un hilo de voz tan agudo que corta el aire. Respira, inhala, exhala, respira. Él no tiene la culpa. La culpa es tuya, solo tuya, por no levantarte a la primera—. Nada, cariño…, no me pasa nada…, que llegamos tarde y me pongo nerviosa.

Quita, con el dedo mojado en saliva, los restos de leche en

las caras infantiles que le sonríen agradecidas por el gesto tierno. Siente cómo le arde el pecho de amor.

Carrera loca por las calles. El desayuno en la garganta.

—Me duele la tripa, mamá.

—Estoy cansado, mamá.

Dolor de corazón por ellos, pero no hay tregua. Alivio al ver a los compañeros aún en la parada y el bus acercándose a ellos. Besos en la boca, más culpabilidad, abrazos, buenos deseos.

—Os quiero mucho. ¡Que lo paséis bien!

Fase uno superada. Sus hijos van en el autobús camino del cole.

Fase dos en proceso. Alcanzar el metro y llegar medianamente puntual al trabajo.

Las jornadas reducidas están muy mal vistas y tienes que cumplir para que los compañeros no te traten como una apestada. No llegar tarde. No parar a tomar café. No participar en las conversaciones ligeras. Retrasarse un poco a la salida. La actitud correcta es: «En realidad trabajo mucho, más que nadie, aunque haga una hora menos al día».

De pie, en el vagón atestado de gente, Emma se jura y perjura que mañana no va a ser igual. Mañana se levantará antes y tendrá tiempo de sobra. Despertará a los críos con tranquilidad e incluso les cantará una canción mientras se visten, como hacía con Julia cuando era pequeña, cuando solo era una y todavía no eran dos. Les hará tostadas y zumo natural y se sentará con ellos a desayunar. Luego caminarán relajados, sin angustias, hasta el autobús. Sí, mañana será diferente. Sin duda.

Pero de vuelta al presente se pone las pilas para apartar a todos los que no se han enterado de que, en las escaleras mecánicas, el lado de la izquierda es para los que tienen prisa. «¿A qué hora entra a trabajar esta gente?», es su pregunta habitual cada día al ver cómo a su alrededor la gente pasea, mira el móvil, saluda a conocidos… Emma solo corre y corre, porque el metro llega a la estación a las 8.56, del metro a su oficina hay once minutos andando si pilla el semáforo en verde y ella… ella entra a las nueve.

El resto del personal empieza la jornada a las ocho. Todos levantan la vista cuando llega y vuelven la mirada a sus pantallas con un mohín de disgusto antes de responder a su «buenos días» que, en realidad, es un «¡Buenos días! Sé que llego tarde, pero hago lo que puedo, os lo juro».

Tomás le dice siempre que exagera, que deje de atormentarse, que cada uno se apaña como puede y a nadie le interesa su horario ni su vida. Pero Emma nota que no es así, que la gente no le perdona ser su mujer, la mujer del jefe, y tener jornada reducida. Solo ella tiene ese horario. Privilegiada. Debería sentirse privilegiada. Sin embargo, cada vez que entra por la puerta de la oficina y ve las caras largas a su alrededor, se siente una perdedora.

Ya no sabe si es buena o no en su trabajo. Nunca la despedirían y, por supuesto, nadie va a atreverse a criticar lo que hace. Aunque, claro, ella cree que para hacer nómina tras nómina cada día tampoco necesita tener muchas luces. Aun así, alguna vez se ha colado y ha llamado el afectado echando pestes porque el banco le ha cobrado un descubierto. En esos casos se quiere morir. Todo el mundo se entera. Los rumores corren como la pólvora. Le pitan los oídos. «Para una cosa que hace y la hace mal... Si hiciera sus horas como todos… Si llegara a las ocho como todos…»

Cuántas veces ha pensado en cambiar de empleo, en buscar otra cosa.

—¿Dónde vas a estar mejor que aquí, boba? —le insiste Tomás.

—No sé, en algún sitio donde no me odie todo el mundo.

—No digas tonterías, mujer. No te odia nadie. No les caes bien, pero de ahí a odiarte… —le replica él con la cabeza sumergida en su periódico dominical. Porque esa conversación la suelen tener los domingos, desayunando, cuando Emma no se siente tan cansada y hasta le apetece hablar.

Entre semana su marido, con suerte, aparece por casa a la hora en que los niños terminan de cenar. Ella lo ha dispuesto todo. Los ha recogido del bus escolar, ha estado con ellos en el parque, ha hecho los deberes con Julia, ha jugado con Mar-

cos, los ha bañado juntos para adelantar, les ha puesto el pijama y ha preparado la cena de toda la familia. Cuando llega Tomás, si no es demasiado tarde, es él quien los acompaña a la cama y les lee un cuento.

Emma agradece su presencia. Esas ocasiones se convierten en su gran momento del día. Va a la cocina y saca de la nevera su botella de vino blanco. Coge una copa alargada, la llena justo hasta la mitad y sale a la terraza.

Pasea observando los balcones y tejados de alrededor, las antenas y cables que rasgan el cielo.

Eleva la mirada y se deja llevar. Le gusta jugar a imaginar el destino de los aviones que ve pasar. En su mente siempre se dirigen a sitios exóticos, siempre en viajes de placer. No quiere suponer otra cosa. Incluso sigue con la vista a las gaviotas. Hasta ellas le dan algo de envidia. «Quién pudiera volar.»

También le encanta mirar la luna si está enorme y, en las noches claras, se hace la ilusión de que distingue la estrella polar.

Cuando le queda poco para apurar su copa es como si despertara. Vuelve a poner los pies en el suelo, la mirada en su propio hogar.

La mesa y las sillas, con su capa perpetua de polvo, ruegan la pasada de un paño. En el suelo siempre hay suciedad que barrer. Los ojos huyen y pasan a revisar las macetas con las plantas que escogió con tanta ilusión cuando, recién casados, se instalaron en ese precioso ático. No tienen buena pinta. Habría que regar, podar, cortar, abonar. En algunos casos directamente arrancar y tirar. «Ya se hará…» Nunca se hace nada.

El vino blanco le deja siempre un sabor amargo en la boca.

2

Acaba de caer por los suelos la estricta planificación que había ideado en su cabeza.

—¡Jolín, Marcos! ¿Por qué no me has avisado de que llevabas caca?

Emma recorre el camino al baño, indignada a más no poder, para coger el cacito con agua y la esponja con los que limpiar el culo cagado de su hijo.

Hoy no llegan a tiempo al autobús seguro, segurísimo, así que le tocará llevarlos al cole en coche. Le da algo de rabia, pero ¿para qué sufrir? Se rinde a la evidencia: lo mejor es llamar y mentir. Esta vez será Julia la que tiene dolor de garganta. La última vez fue Marcos el que tosía un montón.

La excusa de que llegará más tarde al trabajo porque tiene que llevar los niños al médico es de lo más socorrida. Se relaja. Ya no hay prisa. Comienza a canturrear el *hit parade* de la semana.

—*Estaba el señor don Gaaaato, sentadito en su tejado, marramamiau, miau, miau, sentadito en su tejaaaado…*

Imagina cómo le va a contar la mentirijilla a Javi esta noche y ya se ríe por dentro. Le encantan sus cenas mensuales.

Le da vergüenza admitirlo, pero es consciente de que pasa el mes recopilando vivencias solo para poder compartirlas con su amigo. Anécdotas ridículas, claro, porque su vida no es muy apasionante, pero Javi las escucha como si fueran lo más. Siempre las enriquece con algún detalle creativo para hacerlas más divertidas. Cuanto más vino bebe durante la cena, más creati-

vos se vuelven los detalles. Intuye que Javi se da cuenta de sus invenciones pero se las perdona. A fin de cuentas, se ven una vez al mes, más o menos, para pasar un rato agradable, no para juzgarse el uno al otro. ¡Faltaría más! Para sacarse pegas se basta y se sobra ella solita.

Marcos nota el cambio de humor de su madre y se anima a cantar con ella. Julia termina de vestirse y se une a ellos. Esto sí es empezar bien el día.

Llega al trabajo poco antes de las diez controlando que su rostro refleje la angustia supuestamente pasada.

—¿Cómo está tu niña?, ¿mejor? —le pregunta la Seca nada más verla aparecer por la puerta.

—Mejor, gracias a Dios. Solo ha sido un susto, la garganta irritada, nada serio. Ibuprofeno y los he llevado al cole.

Mucha cara de alivio seguida de gran suspiro, con la mano apoyada en el pecho, para dar más fuerza a sus palabras. El «gracias a Dios» va dedicado a la Seca, que es muy creyente.

Tomás asoma la cabeza por la puerta entreabierta de su despacho con gesto serio. Emma corre hacia él para darle explicaciones. Con un nudo en la garganta le suelta la misma trola que a su compañera.

Confía en que Julia y Marcos no olviden lo que tienen que decirle a papá cuando lo vean y espera que su padre, como siempre, no preste demasiada atención a sus palabras. No puede arriesgarse a contarle la verdad. No quiere que él se burle de ella y le haga sentirse peor de lo que ya se siente por no haber sido capaz de llevar a sus hijos al cole a su hora. No, lo sucedido esta mañana es algo que quedará entre ella y sus pequeños.

«De todos modos, lo que ha ocurrido hoy no puede volver a pasar —se jura a sí misma—. El lunes me levanto más temprano.»

Pero eso será el lunes porque hoy es viernes y va a salir. Ese breve pensamiento ya le hace sentirse mejor y una sonrisa pícara se dibuja en su cara, aunque se contiene de inmediato y vuelve al gesto angustioso, no vaya nadie a pensar mal.

A pesar de haber llegado una hora tarde, la mañana se le hace larguísima, eterna. No deja de mirar el reloj. Por fin dan las cuatro y apaga el ordenador en un visto y no visto. Entra en el despacho de su maridito y, sin prestar atención al gesto cabreado con que lee unas hojas amarillentas, se despide de él más dulcemente de lo normal.

—Cariño, recuerda que hoy salgo. Por favor, no llegues más tarde de las ocho —ronronea mimosa.

Le planta un beso intenso en la boca, quizás demasiado intenso para lo que es habitual. Tomás la mira fijamente unos segundos y vuelve la vista a sus papeles asintiendo con la cabeza y murmurando un «sí» gutural de labios cerrados.

Emma nota una punzada de desasosiego en la tripa pero se niega a darle importancia. Hoy es su noche. Su noche del mes. Y nadie se la va a estropear. Ni siquiera Tomás, que acostumbra a ponerle mil pegas cada vez que hace algún plan donde él no esté incluido.

Cuando sale a la calle, recapitula lo que tiene por delante en lo que le queda de tarde. No sabe cómo pero se le ha complicado un poco. Cita en la peluquería a las cuatro y media. Tiempo justo para recoger a los críos a las cinco y media y llevarlos a un cumpleaños en un parque infantil de las afueras a las seis. «No olvidar regalo, no olvidar regalo, no olvidar regalo…»

A las seis menos diez, con el pelo como Rocío Jurado, «asco de peluquería nueva», cagándose en todo y maldiciendo su mala memoria, pone rumbo a casa para recoger el regalo olvidado.

Aparca en segunda fila frente al portal y le surge la gran duda: «¿Dejo a los niños en el coche? Es solo un minuto», se justifica mentalmente. «¿Y si me pilla la Policía y me quita la custodia?», se reprende a sí misma. Por fortuna, la vecina del quinto pasa por allí con el carro de la compra y resuelve la situación.

—Yo te los cuido, mujer, sube tranquila… ¡Están preciosos! ¡Qué mayores ya!

A las siete y cuarto, aburrida de sonreír al resto de padres del cumpleaños y de fingir interés por sus conversaciones, empieza a dar la murga a los chiquillos. Los va preparando para lo inevitable. Ojalá todos los disgustos en la vida pudieran advertirse así, con tiempo para que te hagas a la idea y resulten menos dolorosos.

—Julia, nos vamos…

—Marcos, cariño, ve despidiéndote.

A las ocho menos diez tiene a un niño de dos años llorando a moco tendido en el coche, a una niña de cuatro enfadada y la mandíbula dolorida de tanto apretar los dientes. Conduce con acelerones y frenazos mientras su conciencia le recrimina no ser más prudente.

Lo mejor es comprobar, al entrar en el garaje, que, tras los llantos y los sofocos, los dos angelitos se han dormido plácidamente en sus sillitas de seguridad.

«Y ahora ¿cómo coño los subo a casa?»

Les habla suavecito primero, les acaricia la cara, las manos, va subiendo la voz… Agita a Julia, la mayor. Ni caso. Prueba con Marcos, que se endereza un poco, parpadea un segundo y deja caer la cabeza a un lado. Emma sabe que están en ese momento del sueño en el que no logran despertar y, si lo consiguieran, sería para echarse a llorar por haberse despertado.

La suma rápida de ambos le da casi cuarenta kilos. Imposible llevarlos en brazos a los dos. Aunque del coche al ascensor no haya más de cinco metros, es tarea de titanes. Y ni pensar en subirlos por turnos. Nunca dejaría a uno de sus chiquitines allí solito.

Así que solo le queda una opción.

Llama a Tomás al fijo de casa. Ya debe haber llegado. Que baje y la ayude.

No lo coge.

Lo llama al móvil.

No lo coge.

Son las ocho pasadas, le ha avisado de que tenía una cita, que lo necesitaba para quedarse con los niños, ¡tendría que es-

tar en casa! De nuevo esa punzada familiar de inquietud le atraviesa la tripa como un rayo. Es la llave para que los nervios que ha contenido toda la tarde se descontrolen y, poco a poco, vayan invadiendo todo su cuerpo.

—Estará en el baño, seguro, al llegar a casa lo primero que hace es ir al baño.

Habla sola y el eco del recinto le devuelve su voz como si confirmase su teoría: «ir al baño, ir al baño...».

Insiste: fijo, móvil, fijo, móvil, fijo, móvil. Ocho y cuarto. Fijo, móvil, fijo, móvil, fijo, móvil. Ocho y media.

Los nervios ya se han apoderado del estómago, los riñones, los intestinos, puede que incluso de los ovarios.

La incredulidad da paso al enfado. Es su noche del mes, el único momento del mes que se concede para ella, y Tomás lo sabe. ¡Debería saberlo! Ha quedado a las nueve y media en el centro. Quería depilarse, ducharse, maquillarse y arreglarse la cofia que le han hecho en la cabeza por treinta pavos, «¡vaya robo!». Todos sus planes por los aires.

Marcos ronca en su sillita, se ha constipado. La luz se apaga cada dos por tres y tiene que salir del coche y darse paseítos a encenderla.

Los minutos se suceden en la quietud del garaje y el enfado se va desvaneciendo para dar paso a la autocompasión. Llamará a su amigo y cancelará la cita, ¿qué remedio le queda? Le duele en el alma porque sabe que, justo para esta ocasión, Javi ha reservado en un sitio que siempre está a tope. Que lo tiene organizado desde hace varias semanas porque alguien le había dicho o había leído en una crítica o algo así, Emma no puede recordarlo, que ese restaurante estaba muy bien. Le hacía mucha ilusión ir.

Pues le dirá que no puede ser, que nadie se preocupa por ella, que su vida consiste en dar y dar y no recibir nada a cambio… Se imagina contándoselo por teléfono y las palabras de él brindándole consuelo, diciéndole que es una mujer estupenda y que se merece salir *mínimo* una vez al mes para desconectar de su papel de esposa, trabajadora y madre. Seguro que

le diría que tiene que buscar tiempo para ella, para sus aficiones, para relajarse y, cómo no, para quedar con los amigos.

Emma se deja convencer por su conversación imaginaria y decide no anular la cena. En su interior una breve llamita mantiene encendida la esperanza de que todo acabe bien. Y oye, si llega un poco tarde, pues tampoco pasa nada. Javi, desde luego, no se va a enfadar. Nunca se enfada con ella.

La charla irreal la ha apaciguado. Se ha relajado y la sensación de paz que le ha quedado le provoca sueño. Comienza a adormecerse en el asiento, arropada por su abrigo.

«Pues no se está tan mal aquí.»

Nueve menos cinco y Tomás, al fin, le devuelve la llamada. Emma se despeja de golpe y todo el malestar de la última hora le cae encima otra vez. Recuerda lo enfadada que está y se obliga a respirar hondo antes de descolgar. No puede hablarle a Tomás en ese estado, su marido no lo toleraría.

—Tenía el móvil en silencio, acabo de llegar a casa, ¿qué querías? —le pregunta como si nada.

—Que me ayudes con los niños, cariño. Estoy en el garaje porque se han dormido.

Se felicita, ha resultado cálida y amigable a pesar de su enojo, pero Tomás no le responde en consonancia a su esfuerzo.

—Uf, está bien —le concede como si esos niños de los que le habla no fueran suyos y le estuviese haciendo un favor.

Esa es la puntilla que remata a Emma. Le da tanta rabia que omite darle las gracias y pulsa con el dedo pulgar el icono de «Finalizar» lamentando con toda su alma no poder colgar como es debido: dando un fuerte golpe con el auricular sobre la base del teléfono.

Al ver a Tomás acercarse a ellos compone un gesto amable que oculte su disgusto. Le gustaría echar llamaradas por los ojos pero se conforma con un beso breve, pintar una sonrisa falsa en su cara y mantener a raya sus renovados nervios a flor de piel.

Ayuda a subir a casa y arropar a los bellos durmientes mientras instruye a Tomás en lo que le ha dejado preparado para

cenar y lo que deben desayunar y vestir los niños cuando se despierten por la mañana. Él hace ruidos guturales en cada inflexión de su voz. Parece que la escucha y lo memoriza todo. Emma sabe de sobra que no es verdad, que en realidad no se entera de nada, pero nunca pierde la esperanza.

Se mete en el baño de su habitación antes de que su marido le tome la delantera. Se quita la camisa blanca de raso que ha llevado todo el día, se lava rápidamente las axilas y se pone desodorante. Saca del armario otra blusa. Esta vez rosa palo, de seda.

No se lo ha tenido que pensar demasiado: su vida trascurre en una sucesión de camisas blancas y beige, rosa palo o gris claro, de raso, seda o satén. Sus pantalones son aún más similares entre sí: de vestir, con corte clásico, marrones o negros, como el que lleva ahora.

¿En los pies? Mocasines, sin apenas tacón, también marrones o negros, siempre a juego con el pantalón. Cuando los que usa están demasiado gastados se compra otros prácticamente iguales.

No es que no le gusten los zapatos, es que tiene el pie muy grande y no encuentra modelos bonitos de su número. Tampoco puede usar tacón porque es muy alta, así que prefiere olvidarse del tema calzado, la pone de mal humor.

Para subsanarlo se centra en el bolso. Ahí lo da todo y no le importa gastarse lo que haga falta. Marrones o negros, cómo no, combinados con los zapatos…, o eso intenta, porque muchas veces no le da tiempo a cambiar todos los trastos que lleva y sale de casa sintiéndose peor que una pordiosera porque no va conjuntada.

Lo bueno de su monótono sistema es que no se tiene que mirar para saber cómo va. Va igual que siempre, ni bien ni mal. Javi le dirá que está muy guapa, como de costumbre, y ella se mostrará halagada, pero sabe de sobra que, si no se conocieran y se cruzasen por la calle, él no le dedicaría ni un pensamiento.

En cuanto a su rostro, ella habría querido maquillarse como es debido, pero no hay tiempo para eso. Se aplica un bro-

chazo de polvos compactos para matar los brillos de su frente y algo de colorete para intentar disimular la cara de cansada. Los labios en el suave tono anaranjado de cada día, no tiene otro. El toque final es un pegote más de rímel, como dice la canción.*

«¿Y el pelo? ¿Qué hago con este pelo?»

Prueba a pasarse el cepillo. Error. Se lo humedece un poco y le intenta dar forma con los dedos. Peor. La laca que le han puesto tan generosamente en la peluquería, mojada, hace que se separe en mechones aplastados de aspecto grasiento.

Tic-tac, tic-tac, los minutos pasan…

«Vale, tranquilidad.»

Se arremanga, mete la cabeza bajo el grifo del lavabo y lo abre a tope. Toalla, secador. Ahora los restos de laca actúan a su favor. Aparece un bonito rizo marcado, un poco pegajoso, eso sí. No se puede hacer más. Se seca la frente, que ya no tiene ni pizca de polvos. Quiere pensar que tampoco se nota mucho. «De noche todos los gatos son pardos», se consuela. Con lo que era ella antes, que siempre iba de punta en blanco. Nadie le podía sacar una falta, o eso pretendía al menos.

Está lista y solo son las nueve y veinte. Se anima, parece que va a conseguirlo.

Julia se despierta.

—Mamááááá…, tengo hambre…

Tomás está repantigado en el sofá del salón, frente a la tele. El mando en la mano derecha en posición de ataque y la izquierda dentro de un paquete de gusanitos blancos que sostiene en el regazo, recuerdo del cumpleaños infantil vespertino.

—¡Eh!, ¿no oyes a tu hija? —le pregunta a Emma cuando pasa por su lado a coger el bolso y el abrigo que ha dejado sobre la mesa del comedor.

Ella, a esas alturas, ni siente ni padece.

«¿Mi hija? ¿Y dices que me llama? Pues no oigo nada.»

* Hace referencia a la canción *Amores de barra,* del grupo español Ella Baila Sola.

—Dale de tu cena —le replica mientras corre en sentido contrario hacia el pasillo y, por este, hacia la puerta de la calle.

Escucha a Tomás a su espalda, incrédulo y enojado.

—¡¿Cómo dices?!

Emma responde cerrando la puerta con cuidado y bajando las escaleras velozmente mientras busca el número de Radiotaxi en el móvil.

Sabe que esta huida precipitada va a tener consecuencias, pero no quiere pensar en eso. No importa lo que ocurra mañana. Esta es su noche del mes y hoy, *ahora,* se va de cena.